

Postconvencionales

No. 5-6, septiembre 2012, pp. 247-253. ISSN 2220-7333.
Escuela de Estudios Políticos y Administrativos
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Reseña de:

♣ Krauze, Enrique (2007). *Redentores: Ideas y Poder en América Latina*. México: Debate-Random House Mondadori, 584 págs. [Incluye reseña comentada de las fuentes].

Krauze y la redención liberal

Guillermo T. Avelledo Coll

Universidad Metropolitana
Universidad Central de Venezuela
gaveledo@unimet.edu.ve

“Las sectas milenaristas (o revolucionarias) invariablemente han concebido la salvación como total [...] [Y] han estado invariablemente acompañadas por el acenso fulgurante de profetas y mártires”.

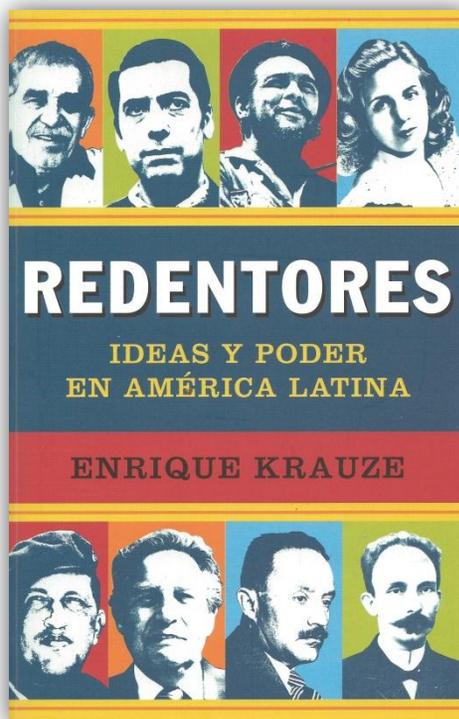
Carlos Rangel, *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, 1976.

Uno de los límites de la tradición intelectual mexicana frente a la región es la paradójica situación en la cual ese enorme país ha vivido numerosas formas políticas, teniendo a la vez una evolución muy disímil al resto de América Latina. Su sistema colonial reeditó la nobleza metropolitana solapándola con los restos de las múltiples sociedades precolombinas, careciendo casi por completo del estamento esclavo proveniente del África Negra. Su independencia se dio por etapas inconclusas, varios experimentos de retorno monárquico e incluso una invasión europea, que terminó una de las más importantes experiencias liberales de la región. La dictadura patriarcal del Porfiriato, conservadora y progresista al mismo tiempo, da lugar a una caótica revolución y guerras civiles que mezclaron el agrarismo semi-comunal del zapatismo, con elementos liberales, indigenistas, laicistas y socialistas, terminando un lento proceso hacia la consolidación del gran Estado corporativo mexicano. En el México de hoy las propuestas liberales dependen de su relación con movimientos que le tienen una profunda suspicacia hacia sus fundamentos filosóficos.

Redentores, el más reciente libro de Enrique Krauze, es un producto acabado, y bellamente escrito, de esta paradoja: la historia político-intelectual que recuenta para el resto de los latinoamericanos vive frente al contraste de los Estados Unidos y la

mexicanidad. Ya no es la república del norte el ejemplo luminoso —y exageradamente optimista— que tenían los atribulados liberales del siglo XIX, sino la presencia comercial, cultural y política que se inicia con su entrada imperial contra España y a expensas de las naciones de la región, y avanza como contraste de las revoluciones Mexicana y Rusa. Aunque nunca está dicho de manera explícita, la historia verdadera de América Latina parece comenzar para Enrique Krauze entre 1898 y 1910 (es decir, entre el ascenso de EEUU y el inicio de la Revolución Mexicana), siendo el siglo anterior una especie de ensayo inacabado. A esto se suma un solo gran hecho posterior: la Revolución Cubana, cuya resonancia en la intelectualidad mexicana no puede escatimarse.

Enrique Krauze (Ciudad de México, 1947) es uno de los más notables intelectuales y ensayistas mexicanos de las últimas décadas, junto con Gabriel Zaid, Jorge Castañeda y Jorge Volpi, entre otros. Ingeniero de estudios, pero historiador y escritor de vocación, Krauze ha participado en algunas de las más importantes publicaciones de ese país, como las heterodoxas *Vuelta* —donde fue cercano colaborador de Octavio Paz— y *Letras Libres*. Son famosos sus trabajos históricos, especialmente la serie de ocho volúmenes sobre los personajes centrales de la Revolución Mexicana, que forman la colección *Biografía del Poder*, que completa junto con sus libros *Siglo de caudillos* y *La Presidencia Imperial* la trilogía sobre el sistema político mexicano, y que fuera iniciado con su trabajo *Caudillos Culturales de la Revolución Mexicana*, como primera aproximación a la relación entre el poder y las ideas. Entre el público venezolano, Krauze es más conocido por su biografía y crítica histórica del presidente Hugo Chávez con su *El Poder y el Delirio*. Su evidente convicción liberal, y la peculiaridad del liberalismo mexicano (no vinculado a un partido o a una causa política organizada), animan todo el recorrido de *Redentores* y su lectura del siglo XX latinoamericano.



En efecto, este libro pertenece a la tradición de contestatarios liberales que, frente al statu quo del estado social de derecho —o, para decirlo con ellos, del Estado populista y desarrollista— en América Latina, promovieron una narrativa histórica según la cual las deficiencias y modos de control político, e incluso sus sesgos de corte marxista, no pertenecerían a una corriente progresista de la historia, sino que están anclados en cómodos modos coloniales, en la heredad de élites extractivas que, con los conquistadores y clérigos de antiguo, y con los intelectuales, militares y políticos de hoy, continúan su explotación del continente. Explotación que proyectarían, a modo de espejo, en factores progresivos externos e internos, cuyo desarrollo truncan por el cohecho, los límites a la competencia económica, el machismo, la manipulación ideológica (desarrollista, marxista, indigenista,

tercermundista, nacionalista...), y prácticas autoritarias más o menos veladas. Ante este panorama, sólo una revolución liberal —la única revolución genuinamente posible—, lograría cortar con las costumbres y el sentimentalismo atávico de la región.

Uno podría ubicar los orígenes de esta tradición ideológica en el resurgir liberal a partir de los años treinta (en las múltiples —y no siempre armónicas— vertientes de Friedrich Hayek, Karl Popper, Ludwig von Mises, Murray Rothbard, Milton Friedman), aunque sería más adecuado ubicarlos en la crítica histórica e institucional de figuras como Aron, Revel y, en América Latina, Octavio Paz, Mario Vargas Llosa (ambos reseñados en *Redentores*), su hijo Álvaro, Marcos Aguinis, Plinio Apuleyo-Mendoza, Carlos Alberto Montaner y, de manera más audaz, por el periodista e intelectual venezolano Carlos Rangel. Merece Rangel (1929-1988) un comentario aparte: su crítica a los mitos políticos latinoamericanos (presentes en sus obras *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, *El Tercermundismo* y *Marx y los Socialismos Reales*, escritas entre las décadas de los setenta y ochenta), que llevaba a un desmontaje de la izquierda marxista en momentos en que esta gozaba de un enorme ascendente político e intelectual, es quizás la línea de argumentación más afín a *Redentores*. Claro está, las obras de Rangel no están ancladas en la biografía de “hitos” individuales, sino en el avance de ciertas nociones a lo largo y ancho de todas las élites a lo largo de América Latina (trascendiendo el contexto venezolano del autor): quien desee leer el libro de Krauze, bien podía echarle una mirada a la obra de Rangel, que fue pionero de una corriente de la cual el autor mexicano es otro —aunque avezado— exponente.



En su título, *Redentores* promete ser un libro sobre las ideas y el poder. Pero no es un libro sobre ideas “en abstracto”, ni siquiera en la tradición de historia intelectual de autores latinoamericanos como Zea o Castro Leiva, sino como una historia de ideas “encarnadas en personas con vidas y tocadas por la pasión del poder, la historia y la revolución; y también por el amor, la amistad y la familia” (como reza solemnemente la contraportada). Advertido esto, puede asumirse que el centro del trabajo no serán los argumentos de redención, sino sus promotores.

Las biografías que componen cronológicamente este volumen recorren el espectro geográfico latinoamericano, centradas vivencial o intelectualmente en la comparación con México: cuatro personajes mexicanos (José Vasconcelos, Octavio Paz, el obispo Samuel Ruiz y el Subcomandante Marcos), dos Argentinos (Eva Perón y Ernesto “Che” Guevara), dos peruanos (José Carlos Mariátegui y Mario Vargas Llosa) un cubano (José Martí), un uruguayo (José Enrique Rodó), un colombiano (Gabriel García Márquez) y un venezolano (Hugo Chávez, en un resumen del libro *El Poder y El Delirio*).

El inicio del libro es sólido y literariamente sugerente. Nos recuerda los capítulos sobre “Ariel y Calibán” de Carlos Rangel: es la sección de los “profetas”, o los “cuatro Josés” (Martí, Rodó, Vasconcelos, Mariátegui). Con ellos se ve el surgimiento de una idea más homogénea de América Latina, opuesta por partida doble a las antiguas metrópolis y a la emergencia económica y política de los Estados Unidos. La instauración de naciones

emancipadas genuinamente, frente a la decepción con el liberalismo y el positivismo decimonónicos, hace surgir a la que podríamos llamar nuestra generación de 1898-1910-1917: estimulan credos nacionalistas donde antes existía falta de identidad, nociones románticas y virtuosas donde antes había medrado la lectura del utilitarismo, y son personajes que mueven y representan al que será gran actor revolucionario latinoamericano del siglo XX, el burgués radicalizado, llevado a la acción y la pluma revolucionaria ante la decepción con el Estado Liberal oligárquico del siglo XIX. De Martí a Mariátegui, se muestra una desazón de variable intensidad hacia el proyecto liberal clásico: no fuimos ciudadanos, sino que nos quedamos cortos en las promesas de la generación de 1810 (que en el cubano nunca fueron oídas). Esto llevaba a la promulgación acalorada de una nueva, renovada y más profunda independencia: ya no del poder formal metropolitano, sino de la influencia y el modo de vida comercial, yanqui, mecánico y mediocre (en este capítulo, quizás, habría cabido un quinto “José” —Ingenieros—). Desde el movimiento universitario de Córdoba hasta la revolución Rusa, pasando por los impactantes sucesos mexicanos y europeos, sacudirán la calma intelectual de finales de la *Belle Époque* según era vivida en nuestra región. Martí y Rodó compartirán la vocación por la política práctica (el uno en la batalla y la conspiración nacionalista, el otro desde la tribuna parlamentaria y periodística) decepcionados de la realización concreta del liberalismo: el tiempo llamaba a una elevación audaz, heroica, del individuo. Vasconcelos y Mariátegui desdeñarían por completo de la tradición política anterior, coqueteando con ideologías más radicales (desde el nacionalismo agrarista hasta el marxismo-leninismo, pasando incluso por el fascismo) sufriendo existencias más acontecidas, siempre infundidas de patetismo neo-romántico. De hecho, Vasconcelos, como tórrido “maestro de América”, refuerza su presencia en casi todos los relatos de Krauze: los jóvenes y progresistas del continente “miraban a México”, y recibían del denodado funcionario y “caudillo cultural” algo más que apoyos intelectuales.

Tras el paso por los profetas, Krauze nos lleva a la pieza central de esta puesta en escena: Octavio Paz, “el poeta y la revolución”. La travesía intelectual-política de Paz está notablemente bien descrita, con afecto y detalles, por quien fuera avezado discípulo. Merece un libro en sí mismo: este capítulo ocupa un tercio del libro... Y en él se nos relata la angustia de Paz por la identidad latinoamericana, por la incompletitud de la Revolución dada su imposible amalgama conceptual y social, y la creciente preocupación por una liberación sentimental del individuo. Aprisionado como funcionario, se evade con la poesía y el ensayo, hasta que una muralla de autoritarismo tras otra se van rompiendo: el estalinismo juvenil, la conformidad de la burocracia corporativista del PRI, la presión de la herencia doméstica, fueron trocando el espíritu revolucionario en campanada liberal que lo alertó del derrumbe moral del mundo soviético y de las inconsistencias de la revolución Cubana. Pero en eso tardaría décadas, y Paz pasó varias peripecias personales, intelectuales y editoriales hasta abordar esta creencia, que cita dos veces Krauze en su libro: la necesaria reconciliación entre el igualitarismo necesario para sociedades desiguales, y el carácter libertario muchas veces extraviado en nuestros modos autoritarios. Creía Paz haberla encontrado en una amalgama entre liberalismo y socialismo, ambos progresismos evadidos en la realidad latinoamericana:

Debemos repensar nuestra tradición, renovarla y buscar la reconciliación de las dos grandes tradiciones políticas de la modernidad, el liberalismo y el socialismo. Me atrevo a decir que éste es el «tema de nuestro tiempo» (p. 294 y p. 517).

¿Era en esto original la angustia de Paz? ¿Acaso lo constataba muy tarde? ¿O era simplemente reflejo de esa burbuja intelectual con la que, congelada en su propio proceso político, describen los intelectuales mexicanos al mundo?

El tiempo retrocede un poco con los dos personajes argentinos que ocupan la tercera sección del libro, íconos del voluntarismo político del siglo, al punto de ser a la vez figuras políticas, personajes de mercadeo y estrellas de Broadway: Eva Duarte de Perón y Ernesto Guevara, el “Che”. Aquí el libro de Krauze parece pasar de lo intelectual (más aportarían en reflexiones y pensamiento Juan Domingo Perón y Fidel Castro, en ambas cuentas) a lo iconográfico, la “madona” y el “santo”: es así como son discutidos estos biografiados, en una sección sorprendentemente corta. En ambos hay consideraciones sobre su cuerpo martirizado —ya por la consunción enferma o heroica de la entrega a los desposeídos, ya por el uso posterior en la propaganda— pero sin más: en el caso de Eva Perón, Krauze coquetea con describir la ubicación intelectual filo-fascista entre las democracias liberales y el socialismo marxista, y en el caso del Che, con su celebración de la muerte y el vértigo del enfrentamiento final, de modo que espetaba en sus compañeros de ruta, también latinoamericanos de clase media, su desdén hacia la comodidad teórica, que llevó a miles a inmolarsse en un destino providencial.

Entre esos “compañeros de ruta” del Che se encuentran los siguientes personajes, aún con vida: los Nobel García Márquez y Vargas Llosa. Es evidente el desdén y la solidaridad con la cual el autor muestra la historia de uno y de otro, ambas relatadas en clave psicológica. Para el autor colombiano, una vida de éxitos y comodidad no le habría permitido encarar el fracaso de un ideal revolucionario al que defiende pese a todas las pruebas en contrario, e incluso pese a la solidaridad personal: buscando la aprobación personal de Fidel Castro, sustituta de sus conflictos infantiles, García Márquez es el más constante defensor externo del régimen antillano, justificando en su literatura el paternalismo autoritario. En cambio Vargas Llosa, también llevado por carencias de su niñez, adopta el discurso reivindicador revolucionario para luego apartarse hacia una alternativa también de ruptura con todo ese pasado mediante una insurgente convicción liberal. Es un giro mucho más abrupto que el de Paz, y es el único personaje con el que Krauze equipara a su ídolo personal: ambos se redimen —y buscan redimir pese a la incompreensión generalizada— a través de la ideología liberal.

A partir de este punto, el libro entra en una quinta sección dedicada por entero al conflicto racial y social al sur de México, en Chiapas. La biografía del obispo Samuel Ruiz, tocado por la Teología de la Liberación y defensor de la causa de los indígenas chiapanecos —la etnia tzotzil—, mucho antes de surgimiento de la guerrilla zapatista: promueve el establecimiento de organizaciones no gubernamentales entre las comunidades, que activasen su cultura y sus modos frente a la modernización hegemónica del criollismo y el mestizaje mexicano. Pero esa demostración de empuje cultural anclado en los Derechos Humanos sería luego subvertida, súbita e insólitamente, por el movimiento armado liderado

por el Subcomandante Marcos (revelado como el sociólogo Rafael Sebastián Guillén, aunque el personaje lo ha negado rotundamente). En su adhesión a la democracia simbólica, y su desdén hacia la democracia formal, Krauze identifica la paradoja central del movimiento zapatista —y la causa del declive del enmascarado guerrillero: hablaba por el pueblo sin hacer participar al pueblo, sino como un salvador externo, errante, ajeno. Un burgués radicalizado —¿cómo los primeros “profetas” del libro?— emerge como salvador criollo de una etnia que estaba en lo suyo. Sin embargo, Krauze parece celebrar cómo la espectacularidad de Marcos, más que el incrementalismo de Ruiz, sirviera de campanazo frente al autoritarismo del sistema mexicano.

La última sección está dedicada a resumir *El Poder y El Delirio*, la biografía intelectual elaborada hace unos años por Krauze sobre Hugo Chávez Frías. Aquí Krauze da pocos detalles de la vida del personaje —acaso porque es la mediáticamente más cercana a los lectores, que podrán llenar los vacíos con su memoria— dedicando buena parte del capítulo a su filosofía de la historia, y a una discusión entre Georgi Plejánov y Thomas Carlyle, es decir, entre el colectivismo y el individualismo históricos. Krauze separa —quizás porque sus fuentes principales están en la crítica de izquierdas al presidente sudamericano— las acciones de Chávez del marxismo ortodoxo, insistiendo, no sin cierta subestimación, en el solapamiento ideológico que lo caracterizaría. Pero aquí, parece reconocer el autor, el veredicto de Clío está todavía en discusión.



Todos los personajes comparten biografías interesantes, pero no todos son lo suficientemente reflexivos o aportan una relación clara entre ideas y poder. Dentro de las propias tendencias que cada personaje caracteriza, no sería difícil extraer en algunos casos figuras más representativas. Hay ausencias notorias frente a la promesa del título y de la introducción: regionalmente, Brasil y el Caribe —y con ellos, de manera general, el problema de la negritud— no tienen menciones significativas. Temporalmente, todo el siglo XIX merecería un trato similar al de este libro (imaginemos por un momento que Krauze abordara a Bello, Bolívar, Roscio, Juárez, Sarmiento, Cano, Vallenilla Lanz, con la misma exigencia que hace con Rodó o con Vasconcelos). En términos de influencia, también, sería ingenioso dedicar esta mirada a los autores de las nociones desarrollistas, dependentistas y de la teología de la liberación que tanto proyectaron las ideas latinoamericanas fuera del continente: Prebisch, Faletto, Cardoso, Sunkel, Dos Santos, Boff. Otro tanto podría decirse del pensamiento autoritario de derechas, que no escatimó en argumentos para legitimar sus prácticas. Acaso todo esto se debe a las presiones de la estructura del libro, y es la elección legítima del autor.

Dicho esto, el propio libro muestra y deja de lado a dos figuras que podrían servir como precursores de la amalgama entre liberalismo e igualitarismo que demandaba Paz —y sobre la cual Krauze insiste, no sin razón—: Víctor Raúl Haya de La Torre y Rómulo Betancourt. Ambos crearon ideas originalmente latinoamericanas y supieron —con relativo éxito— promoverlas y ponerlas en práctica al servicio de la democratización de sus países y de la región. Sin embargo, son tratados al margen de Mariátegui, Guevara y Chávez, como

enigmáticas contrafiguras que podrían recibir una renovada lectura. Y eso refleja otro tema, que estalla con las últimas palabras del sugerente epílogo: el autor admite que el continente ha vivido ya varias décadas en su más vigoroso esfuerzo democrático. Esa no es una obra simplemente material o institucional: es también resultado de la relación entre las ideas y el poder, y en especial de las grandes corrientes políticas de América Latina en el siglo XX: el socialismo reformista democrático y la democracia cristiana (que contiene también personajes fascinantes y problemáticos, como Eduardo Frei o Rafael Caldera). Pero la única redención parece ser la liberal.

Y es éste liberalismo y su raigambre mexicana lo que a nuestro juicio compromete la línea central del libro, retomado en todo el epílogo: el paralelismo entre las creencias cristianas (el martirio, el fin del mundo, el rechazo a lo materia, la tarea salvífica, la santa palabra, las homilías y los altares), con lo que Krauze nota como prácticas redentoras y revolucionarias en el continente, resuena a lo largo de la obra. Nuestra herencia tomista, escotista y neo-escolástica, vinculada por Krauze al absolutismo colonial, sería la base para las prácticas de los redentores contemporáneos, y la base ideológica de la manipulación personalista de los caudillos de montoneras y de masas. Creemos que esta noción, fácilmente transmisible en los mercados mexicano y anglosajón en los que fue expuesta inicialmente la obra, no tiene asidero histórico ni ideológico. Por una parte, el absolutismo colonial —y el autoritarismo cuadillista— persiguió y prohibió las doctrinas libertarias de los jesuitas y la escolástica: el personalismo político tradicional fue apuntalado por el liberalismo criollo y sus lecturas utilitarias y positivistas, que a su vez instrumentalizaron el catolicismo. Por otra, la Iglesia católica y los laicos organizados en la democracia cristiana —así como otros grupos religiosos de más reciente data— fueron agentes frecuentes y decididos de la reciente ola democratizadora.



Krauze nos ofrece un libro sugerente, que permite, en lo expresado y en los problemas que abre inadvertidamente, reflexionar los problemas de una región difícilmente homogénea. Pero es una lectura que debemos hacer con cuidado y sin permitirnos ser deslumbrados por una promesa liberal inalcanzable, cuyos matices el mismo autor señala hacia el final de su trabajo: hay un abismo profundo que separa la redención de la democracia.

